



Le Breton, David. "Nicolas Bouvier o el viaje como un arte de los sentidos".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2019, vol. 8, n° 16, pp. 158-165.

Nicolas Bouvier o el viaje como un arte de los sentidos¹

Nicolas Bouvier or the travel as an art of the senses

David Le Breton²

Traductor: Francisco Aiello³

Recibido: 27/06/2019
Aceptado: 30/06/2019
Publicado: 05/07/2019

[NB: Procedencia: "Cheminer avec Nicolas Bouvier ou le voyage comme un art des sens", en *Nicolas Bouvier, espace et écriture*. Carouge-Genève, Éditions Zoé, 2010, pp. 64-70.]

Resumen

En este artículo se revisita la obra del escritor suizo Nicolas Bouvier (1929-1968), en cuya obra ocupan un lugar central sus numerosos y prolongados viajes. Esta lectura analiza las experiencias sensoriales del viajero en relación con su modo de percibir el mundo y de procurar su registro a través de la escritura.

Palabras clave

Nicolas Bouvier; sentidos; viaje.

Abstract

In this article the work of the Swiss writer Nicolas Bouvier (1929-1968) is revisited, in whose work his numerous and prolonged trips occupy a central place. This reading analyzes the sensory traveler experiences in relation to their way of perceiving the world and to seek their registration through writing.

Keywords

Nicolas Bouvier; senses; travel.

¹ [El traductor y *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades* agradecen calurosamente el acuerdo del autor para publicar esta versión en español].

² David Le Breton es profesor de sociología en la Université de Strasbourg. Miembro del Institut Universitaire de France y del Institut des Études Avancées de l'Université de Strasbourg (USIAS). Autor de numerosas obras, entre las que se destacan *Rire. Une anthropologie du rieur* (Métailié). Entre sus títulos traducidos al español se cuentan *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea* (Siruela), *El cuerpo herido. Identidades estalladas contemporáneas* (Topia), *La sociología del riesgo* (Prometeo libros), *La sociología del cuerpo* (Siruela).

³ Doctor en Letras (UNMDP). Investigador asistente de CONICET. Docente del Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: aiellofrancisco@yahoo.fr.



El viaje no les enseñará nada si no le dejan también el derecho a destruirlos. Es una regla vieja como el mundo. Un viaje es como un naufragio y aquellos cuyo barco no se ha hundido jamás sabrán nada del mar. El resto es derrape y turismo.
Nicolas Bouvier, *Le vide et le plein. Carnet du Japon*

El mundo se ofrece a través de la profusión de los sentidos. Nuestras percepciones sensoriales, enmarañadas con significaciones y con valores, organizan los límites fluctuantes del entorno en el que vivimos, expresan sus cualidades y establecen sus fronteras. El mundo del hombre es un mundo de la carne, una construcción nacida de su sensorialidad pasada por el tamiz de su condición social y cultural, de su historia personal, de sus emociones y de su atención al medio. No hay nada en la mente que no haya pasado previamente por los sentidos (Le Breton, *El ojo, Sensing*).

Algunos escritores se dejan impregnar por esos ambientes difusos separados de su ambiente o bien los alejan en una suerte de puritanismo. La escritura de Nicolas Bouvier se ubica bajo el viento pleno de sus geografías íntimas; es eminentemente sensible y sensual. Cada percepción está en resonancia con otras miles y el mundo que lo rodea no deja de ofrecerse como inagotable en proposiciones. La geografía exterior es sensual, vivaz, amenaza, respira, sangra, se sacude o se duerme, es una segunda carne para el viajero (Le Breton, *Caminar*). En Nicolas Bouvier, la lengua es una mezcla fascinante de sobriedad y de glotonería, emanación de un hombre “a la vez frugal y hambriento”, como él dice en *Routes et déroutés* (103). A la manera de un haiku que desborda sus barreras, las imágenes se suceden y crean una lectura deslumbrada.

Nicolas Bouvier, escritor de origen ginebrino, es ante todo un indefectible compañero de ruta para aquellos que conocen su obra y no dejan de leer y releer sus libros como se retoma incansablemente la conversación con un amigo. Andar con él en la ex Yugoslavia, en Japón, en Sri Lanka, en Corea, en las Islas Aran, en otros lugares, e incluso en Suiza, exhorta a una inteligencia sensible de todo evento. Cada instante es un abismo y se ofrece como una oportunidad. La escritura es un llamado a despojarse de toda pesadez para librarse a una exploración sin fin de innumerables capas de sentido que componen lo real, mientras que en la vida cotidiana permanecemos perezosamente en la superficie de las cosas. Amistad, el hecho de compartir, curiosidad, generosidad, ternura: sus páginas despliegan una rara sensualidad como si cada vez tocara el mundo a flor de piel. En *L'usage du monde*, un libro absoluto, indispensable, Nicolas Bouvier cuenta una travesía por la Yugoslavia comunista de los años cincuenta. Tiene 23 años, ha partido con su “gemelo psicológico”, su “compañero intemporal” (69) el pintor Thierry Vernet, de la misma edad. Viajan en un pequeño coche robusto, un Topolino, del cual Nicolas Bouvier conoce todos los engranajes puesto que lo ha montado y desmontado completamente, pieza por pieza, a fin de prepararse para las desventuras de la ruta. Viaje sin intención de retorno que lo llevará a Afganistán, a la India, a Sri Lanka y luego, en 1953, a Japón. Recorrido iniciático que nutre toda su obra. Encantamiento permanente de los sentidos y de las significaciones, de un lugar y de un asombro a otro, restituidos en una lengua rara, que captura siempre en la misma frase una serie de notaciones sensoriales tan penetrantes unas como otras. Al final de *L'usage du monde*, Nicolas Bouvier está en la ruta del Kyber; su compañero ha partido: “Recogido mi pasaporte rubricado y abandonado Afganistán. Me costaba. Sobre las dos vertientes del paso la ruta es buena. Los días de viento este, antes de la cumbre, el viajero recibe a bocanadas el olor maduro y quemado del continente indio” (349). Cita a Emerson: “Y una vez cruzadas esas fronteras, no volveremos a ser jamás por completo esos miserables pedantes que éramos”.

Evocará con frecuencia la India en el desvío de conversaciones con otros escritores, pero es en Ceylán (Sri Lanka) donde se detendrá un período prolongado, no para gozar de esa isla que Alexandra David-Neel veía como el paraíso, sino –al contrario– víctima de una suerte de maleficio, atrapado por el mal genio de los lugares. *Le Poisson-scorpion* cuenta esta zambullida en una especie de olvido doloroso de sí en el que la escritura se vuelve combate contra la muerte. Relato terrible y hermoso de una travesía de la noche y de un renacimiento. Luego viene Japón, que Nicolas Bouvier ha amado con pasión, y obras como *Chronique japonaise* o *Le vide et le plein. Carnets du Japon*. Su lectura hoy al recorrer las calles de Kyoto o de Tokyo da un formidable sentimiento de proximidad, como si un amigo susurrara al oído el secreto de los lugares o recordara una anécdota como si hubieran participado de ella. Está en busca del “grano particular” (Bouvier, *Routes* 209) del país que ama.

Desde las primeras líneas de *L'usage du monde*, las percepciones se amontonan bajo la pluma por miedo de olvidar alguna, reenviándose unas a otras en una resonancia dichosa en las que todo está ligado:

Estaba en un café en la periferia de Zagreb, sin apuro, un vino blanco de sifón ante mí. Miraba caer el atardecer, vaciarse una fábrica, pasar un entierro –pies desnudos, pañoleta negra y cruz de latón. Dos arrendajos se disputaban entre las hojas de un tilo. Cubierto de polvo, un pimiento carcomido a medias en la mano derecha, escuché en el fondo de mí la jornada derrumbarse alegremente como un acantilado. Me estiraba, aspirando el aire por litro. Pensaba en las nueve vidas proverbiales del gato; tenía la impresión de entrar en la segunda”. (*L'usage* 12)

La trama del relato no desprecia nunca los numerosos momentos de duda, de desorden, de fatigas inherentes al viaje, el frío, el hambre, la disentería, la colitis, otras enfermedades más exóticas, o la depresión. Las habitaciones mugrientas, llenas de chinches, de pulgas o de otros tantos insectos... Los transportes enclenques o averiados... No se trata de hacer trampa y ofrecer cartas credenciales a la idea del mero deslumbramiento procurado por el cambio de paisaje. Incluso si el asombro de vivir conduce a encontrar oro en el agua sucia. Así en los vestigios de Persépolis: “Dormir en estas ruinas nos traía muchas preocupaciones. Sobre todo las noches eran bellas: luna azafrán, cielo perturbado de polvo, nubes de terciopelo gris. Las lechuzas se posaban en las columnas mutiladas; los grillos cantaban en lo oscuro de las murallas. Un Poussin fúnebre” (*L'usage* 215). Las sensaciones rebotan unas contra otras, agregando cada una su necesidad de presencia. La contemplación suspende el tiempo, pero no se agota solamente en la mirada, mezcla el sonido, las impresiones táctiles, el sabor del vino... El mundo no es avaro con sus ofrendas ni el viajero en recibirlas. Todo viaje es un desplazamiento a través de los sentidos. Una invitación a la sensualidad de la que surge al escritor compartirla o mantenerla a distancia. Algunos escritores son puritanos, describen el mundo con distancia, podando los vértigos, los ruegos que borran los colores, los olores, el sudor para transformar su experiencia en sobriedad, en teatro depurado en el que se mueven sombras. Otros sucumben al júbilo de sentido y no pueden impedirse traducir sin cesar un amontonamiento de sensaciones felices que justifican mil veces su existencia y sobre todo de estar ahí en ese momento.

Nicolas Bouvier manifiesta su extrema atención durante sus viajes a fin de no perder ningún detalle. El don de presencia de los acontecimientos no es menos pródigo que las ansias del viajero. Se esfuerza por hacer una amplia provisión de percepciones recolectadas aquí y allá para informar a sus corresponsales. Afirma escribir cartas de veinte páginas a su mujer y de recibir otras tantas de ella (*Routes*). Toda percepción adquirida sobre el mundo es un desvío para alcanzar al otro y recordar lo real. Para dar cuenta de la abundancia sensorial del mundo es necesario un tamiz suficientemente grande a fin de no perder nada de lo esencial.

Cuando quise contar esos primeros paseos, comprendí de inmediato que el lenguaje del que disponía entonces no me alcanzaría, era demasiado delgado, nervioso, moral, retórico, lineal. Me hacían falta palabras ásperas como un tejido aldeano, estridentes como las voces de los monasterios búlgaros, pesadas en la mano como los guijarros negros del Peloponeso, ligeras como la ceniza más fina para las especulaciones encantadoras del sufismo iraní. (*L'échapée* 80)

Bouvier subraya su amor por los adjetivos, su “gran almacén” (*L'échapée* 88), ahí donde toda la sensorialidad del mundo encuentra sus brillos. Cita narradores orientales, pero también a Cohen, Mandestam, Kazantzakis, Istrati en especial. Estas obras son escritas después, al regreso, en una suerte de reviviscencia de emociones y sensaciones entonces experimentadas de las cuales reencuentra las huellas en sus cuadernos. Como si hubiera que multiplicar las dimensiones del viaje y no renunciar a él, incluso en casa junto a la chimenea. La escritura tiene esa virtud de multiplicar los caminos incluso permaneciendo inmóvil, así como las palabras son capaces de traer al presente las emociones de otro tiempo. Así *L'usage du monde* está redactado seis años después del viaje y publicado no sin dificultades en 1963. Los nomadismos del pensamiento y del espacio no dejan jamás de nutrirse mutuamente.

La escritura en Nicolas Bouvier es un arte de los sentidos. Sin embargo, estos últimos nunca se reducen a impresiones puramente estéticas, condensan toda la ambivalencia del mundo y se traducen en sus aspectos de encanto y de asco, ya que de todos modos participan de la calidad de un mundo que no vale sino por sus contradicciones. Imposible compartir entre el oro y el barro. Para él, los viajes son una inmersión. Se reconoce panteísta: “en la medida en que tengo el sentimiento de que el mundo está hecho de elementos diferentes –la luz, los colores, una música que viene de cerca o de lejos, un olor que sube de una cocina, una presencia o una ausencia, un silencio– y de que todos esos elementos conspiran para crear mónadas armónicas” (Bouvier, *Routes* 106). Así, Nicolas Bouvier se pasea al borde del Sava en Belgrado,

Sobre el muelle, dos hombres limpian enormes toneles que apestan a azufre y a escoria. El olor del melón no es, claro está, el único que se respira en Belgrado. Hay otros tantos así de preocupantes; olor a aceite pesado y a jabón negro, olores a repollo, olor a mierda. Era inevitable; la ciudad era como una herida que debe correr y apestar para curarse y su sangre robusta parecía de tamaño para cicatrizar lo que fuera. Lo que podía ya podía ofrecer contaba más que aquello que todavía le faltaba. Si no lograba ponerme a escribir gran cosa allí, es que ser feliz me llevaba todo el tiempo. (*L'usage* 44)

La tierra es siempre viva y sensual. Las montañas, las rocas, los desiertos, las estrellas, la noche, los humanos, todo lo que existe está suspendido de movimientos y de resonancia con el viajero. “Luego la arcilla y el barro se iluminan con mil fuegos y el sol de otoño se alza sobre los seis horizontes que todavía nos separan de mar. Todos los caminos alrededor de la ciudad están alfombrados de hojas de sauce que aplastan los carruajes en silencio y que huelen rico. Estas grandes tierras, estos olores inquietos, el sentimiento de tener aún frente a uno sus mejores años multiplican el placer de vivir como lo hace el amor” (*L'usage* 85). En Galle, en el umbral del continente indio, se encuentra suspendido en la vibración del mundo, un elemento entre los otros. “Oía gritos de niños muy alto sobre la vieja ruta de los nómades y leves montones de piedras bajo las pezuñas de cabras invisibles, que resonaban en todo el paso en ecos cristalinos. Pasé una hora inmóvil, embriagado por este paisaje apolíneo. Frente a este prodigioso yunque de tierra y roca, el mundo de lo anecdótico estaba como abolido. La extensión de la montaña, el cielo claro de diciembre, la tibieza del mediodía, el canto de la pipa y hasta las monedas que sonaban en mi bolsillo se volvían los elementos de una pieza a la que había venido, a través muchos obstáculos, a interpretar mi rol a tiempo” (*L'usage* 348).

Los libros de Bouvier están atiborrados de esos momentos en los que la presencia del mundo alcanza una culminación sensual. Brecha en la disposición familiar del mundo donde el encanto desborda para quien sabe recibirlo, escenas que parecen de un material robado a un mundo paralelo. En Shiraz, duerme sobre la terraza de un albergue que da hacia la habitación de una familia de Baréin que se dirige a la peregrinación de Mashhad. Observa con disimulo a una joven sirvienta gitana, “lo más hermoso que he visto en mucho tiempo”. Describe su atuendo, su pañuelo de seda verde que sustrae de la mirada sus brazos y sus senos, sus anillos de plata y sus tobillos, su ligereza al moverse. Ella ha venido a beber de la bota de cuero colgada en un lugar fresco frente a la puerta:

Cuando ha bebido, se queda sentada sobre sus talones a observar el cielo. Me cree dormido. Entreabro un ojo, me quedo quieto, la miro: los pies desnudos, el chorro oscuro y divergente de sus muslos, la línea del cuello extendida y los pómulos que brillan en el claro de luna. Es porque se cree sola que está tan conmovedora y libre de actitud. Ante el mínimo gesto huiría. Me hago el muerto, contengo yo también la sed haciendo reserva de encanto. (*L'usage* 227)

Henri Michaux en *Ecuador* da la filosofía primera de Nicolas Bouvier: “Diez, quince minutos, ahí está mi vida”. La irrupción permanente de momentos de encanto entreabre lo ordinario de la existencia para dejar percibir un destello sensorial y escenas que dividen la duración en una antes y un después. “Hay momentos en que he creído sofocar de felicidad” (*Routes* 86). Lamenta no ser un gato para poder ronronear como dice que hacen los japoneses felices.

Nicolas Bouvier describe un mundo de amistad y de ternura que deja hoy el sentimiento de una humanidad perdida si se considera lo que ha sucedido más tarde en Serbia y en otros Estados que recorre en los años cincuenta con Thierry Vernet. “Estaba apenas sentado y el patrón me traía un pequeño recipiente con tinta violeta y una pluma oxidada. Cada tanto pasaba a ver por encima de mi hombro si avanzaba la tarea [...]. Había imperiosas granjeras musulmanas que roncaban sobre las banquetas entre sus canastos de cebollas, camioneros de rostro percutido, oficiales sentados bien derecho ante su vaso que jugueteaban con un palillo de dientes o se abalanzaban para ofrecer fuego e intentar entablar una conversación” (*L'usage* 32).

El viaje es una desorientación de las rutinas sensoriales (Le Breton, *Caminar, Sensing*), la certeza de sorprenderse en modo permanente y de tener que renovar los parámetros de significaciones y de valores al final de la ruta. “El viaje provee ocasiones de despojo pero no – como se creía – la libertad. Hace en todo caso sentir una suerte de reducción; privado de su marco habitual, despojado de sus hábitos como de un embalaje voluminoso, el viaje se encuentra trasladado a las más humildes proporciones. Más abierto también a la curiosidad, a la intuición, al amor a primera vista” (*L'usage* 68). Lejos de los automatismos propios de un ambiente familiar, el viajero está permanentemente sometido al asombro de ver, de degustar, de tocar, de oler, de escuchar e incluso de sumergirse en otras dimensiones sensoriales que recogen percepciones que le eran desconocidas. El viaje es una metafísica, un largo rito de iniciación cuyo movimiento impulsado a las rutas no debe cesar nunca: “Ideas que alojábamos sin razón nos abandonan; las demás al contrario acomodan y se hacen propias como las piedras al torrente. Ninguna necesidad de intervenir; la ruta trabaja para uno. Quisiéramos que se extendiera así dispensando sus buenos oficios, no solamente hasta la extremidad de la India, sino más lejos todavía, hasta la muerte” (*L'usage* 49). La ruta es universidad porque es universalidad que no se contenta con difundir un saber, sino también una filosofía de existencia apta para pulir la mente y llevarla siempre a la humildad y a la soberanía de su camino. Es el lugar para pulirse, despojarse de los esquemas convencionales de apropiación del mundo para

estar más al acecho de lo inesperado, desarmar las propias certezas más que para anclar en ellas. El viaje es un estado de alerta permanente para los sentidos y la inteligencia.

Cuando Nicolas Bouvier posa los ojos en el mundo, nunca se trata de un espectáculo sino la apertura a una multitud de sensaciones. La vista nunca es para él el sentido filosófico de la distancia, sino el del abrazo, de la profusión de sentidos. No sabe dónde entregar sus ojos de tanto que entregan a otras miles de percepciones que no son solamente visuales. “A las cinco de la mañana, el sol de agosto nos perforaba los párpados e íbamos a bañarnos en el Sava del otro lado del puente Sajmiste. Arena suave a los pies, algunas vacas en los alisos, una niña con una pañoleta que cuidaba las aves y en un pozo de obús un mendigo dormido cubierto de periódicos” (*L’usage* 18). “Jardín de rosas rodeado de altos muros y centrado en un estanque rectangular. Amaranto, blanco, té, azufre, espalderas, mata, arcos de rosas devoradas por la luz. Algunas plantas de flores casi negras protegidas por pantallas de gasa esparcen un perfume impresionante. Dos sirvientes descalzos recorren los senderos de arena con regaderas” (*L’usage* 210). Incluso si se trata de describir la escena no se agota en lo visual, sino que implica una mezcla de sentidos, el carácter táctil de las rosas o los pies descalzos de los sirvientes, la frescura del agua o los aromas de las flores. Una sinestesia desborda constantemente un mundo inagotable que la frase busca contener. Así a propósito de un bistró en Belgrado: “Servían una ciruela seca perfumada que temblaba en la copa al paso de las carretillas” (*L’usage* 44).

Nicolas Bouvier es sensible a los colores, los ve de un modo sensual como si su estimulación provocara un goce de los ojos. En Teherán, por ejemplo, evoca los plátanos “como sólo se ven en sueños”:

Y sobre todo está el azul. Hay que venir hasta acá para conocer el azul. En los Balcanes el ojo ya se prepara; en Grecia, domina pero se hace el importante: un azul agresivo, inquieto como el mar, que incluso deja traspasar la afirmación, los proyectos, una suerte de intransigencia. ¡En cambio aquí! Las puertas de las tiendas, los roncales de los caballos, las joyas de pocas monedas: por todas partes ese inimitable azul persa que alivia el corazón, que sostiene a Irán a duras penas, que se ha esclarecido y patinado con el tiempo como se aclara la paleta de un gran pintor. (*L’usage* 200)

El azul ya no es solamente un color, sino umbral de otro mundo, cosmología que contiene una geografía, un mundo social... Se pierde en el color como en la sed: “El deslumbramiento que viví en el sur iraní al descubrir esas armonías de colores, que son muy dulces y como gastadas, era doble por el hecho de que venía de pasar siete meses en Tabriz, en una suerte de bicromía blanco y negro. Había gamulanes negros de los rufianes, la nieve, y por ahí un poco de azul en los mosaicos de las mezquitas en ruinas a medias” (Bouvier, *L’échappé* 235). Su jardín es su manera de ser pintor (238).

Los olores están presentes en el universo sensorial de Nicolas Bouvier, pero en menor medida y con frecuencia más bien asociados a un componente necesario del ambiente sin carta de nobleza: olor de letrinas, de humo, de melón, etc. No merece mayor notación excepto a través de una impresión general. Como cuando recibe de frente “el olor maduro y quemado del continente indio” (*L’usage* 349). Del mismo modo, el gusto no es un sentido privilegiado en la obra de Nicolas Bouvier, él mismo dice “una indiferencia casi total hacia la gastronomía ha hecho de mí un viajero muy resistente” (*L’échappé* 41). Su primera sensibilidad se dirige al ambiente, según el grado de amistad que une a los comensales. Como en ese momento en que un molinero aguarda compañía para reubicar una piedra de al menos 300 kilos. Esta es puesta en su lugar. Y el molinero extiende

pieles sobre la hierba alrededor de una cesta de tomates y de cebollas y llena de raki una cafetera de esmalte azul. Empezamos a darnos un atracón, sentados sobre los talones,

mientras que Eyoub, el laúd entre los muslos, las venas del cuello inflamadas por el esfuerzo, nos confortaba con lamentos sobreagudos. Estaba agradable. Durante las pausas, se escuchaba suspirar en el molino; era la caldera en la que el siamés se cocía a fuego lento sobre una capa de berenjenas que soltaba hacia el cielo de otoño una bocanada de vapor. (*L'usage* 61)

La comida termina horas más tarde: “La gamuza limpiada hasta el hueso, nos extendimos todos sobre el trébol para una de esas siestas en las que se siente que la tierra nos empuja la espalda” (63). O también en Zahedán, en albergue administrado atendido por un griego: “Una sandía, huevos, una pata de cordero, cerveza y té. La cuchara giraba en el vaso, removiendo el cansancio con los recuerdos. Olvidaba deliberadamente las amenazas de la pista de Quetta. Cedía a las sirenas. Pequeño caudal de alcohol perdido en una provincia de Asia, alimentado por camiones o pequeñas embarcaciones, que parecían sin duda a aquel que en otro tiempo Jason debió poseer en Crimea” (*L'usage* 251). Lo que a Nicolas Bouvier le gusta en las comidas no es el gusto de los platos, sino el hecho de saborear la presencia de los otros. La comida, aunque sea compartir algunas tostadas, implica un acto comensal, una celebración del vínculo, una culminación festiva y agradable del vínculo social.

Más bien una moral de mochilero preside las comidas, incluso si para los viajeros se trata de la comida más bella del mundo:

A mediodía: una cebolla, un pimiento, pan con salvado y queso de cabra, un vaso de vino blanco y una taza de café turco amargo y untuoso. A la noche brochette de cordero y el pequeño lujo de un puñado de ciruelas en pasa bajo los serbales suben un poco el precio de la cena. Agregando los excelentes cigarrillos locales y el correo, la vida para dos a cien dinares por día. (*L'usage* 66)

Con más frecuencia se impone la austeridad: “Ahora estábamos limitados a la espiga de maíz grillado o al restaurante barato de mal aspecto. Estos no faltaban en la ribera del Asia, como tampoco las ocasiones de padecer infecciones fulminantes.” (*L'usage* 78). Pero a menudo los momentos en que se come a causa del descanso que implican o del hambre que los anima son momentos de tangencia con el movimiento del mundo. Tras escapar del accidente de camión, Nicolas Bouvier degusta unas botellas de vino bajo una tormenta de estrellas, saborea “el placer de masticar apaciblemente en la oscuridad, entre la sombra señorial de la muerta y la vida de señor que la vida nos fue dada” (*L'usage* 226). Si está compartida con palabras y con amistad, la comida es una suspensión del tiempo, un momento de meditación, siempre una brecha para arrancarle a las rutinas de lo cotidiano.

Para Nicolas Bouvier muchos mundos se apoyan en el mismo mundo, se enmarañan diferentes dimensiones de lo real. La apariencia no es sino un umbral cuya aprensión es necesario superar para acceder a capas sedimentarias innumerables. La fiebre es un solvente de la disciplina de lo real que ha de acomodarse a auspicios reconocibles. Baja las defensas y, por consiguiente, “uno puede morir, pero hay un oleaje del mundo que nos alcanza, que puede llevarnos y ahogarnos. Si no nos ahoga, lo hemos logrado. Son momentos de surgimiento, diría casi de bramido de la realidad, en los que de golpe es tan fuerte que uno se extravía en la felicidad de su pérdida” (*Routes* 158). Pero hay mundos peligrosos que se disimulan bajo la geografía y de los que hay que desconfiar.

En dos ocasiones me ocurrió que me largué sin razón válida, sin amenaza objetiva perceptible, porque sentía muy malas ondas telúricas. Salí disparando. Dato interesante, una vez eso me ocurrió cuando todavía estaba en compañía de Thierry Vernet. Era al sur

de Isfahán, al atardecer, cuando el paisaje era magnífico, pero de golpe, sin consultarnos, los dos sentimos que había que largarse. (*Routes* 87)

Habla a este respecto “de paisajes que no nos quieren y que hay que abandonar inmediatamente bajo pena de consecuencias incalculables, no existen muchos, pero existen. Hay sobre esta tierra cinco o seis para cada uno de nosotros” (*L’usage* 219). En *Le poisson-scorpion*, evoca las trampas posibles de lo real, esas “zonas de silencio” o “esos períodos muy tranquilos en que las velas que cuelgan condenan a toda una tripulación a la demencia o al escorbuto” (24). En Sri Lanka, en Galle, queda estancado en una zona así y se vuelve cautivo del genio del lugar en una suerte de somnolencia que ya no lo abandona. Una geografía confusa y dañina se cierra como una trampa para el viajero. Está atrapado en un universo de sortilegios que lo lleva a escribir un artículo con el fantasma del padre Álvaro, un jesuita muerto desde hace años con quien sin embargo tiene un intercambio intenso, o a ser testigo de transformaciones hechiceras del mundo que lo rodea.

Gira en redondo en un tiempo fijado tanto como dura la suerte que le ha tocado. Tiene una pesadilla interminable, imposibilitado de salir del sueño. Y el golpe con un cartel oxidado le abra la ceja que reactiva el mundo y establece el alivio. La herida tiene a veces la virtud paradójica de abrir no solamente el cuerpo, sino también el tiempo (Le Breton, *La peau*). Una brecha se ha abierto, quizás breve. Nicolas se siente otra vez real, vivo. El dolor y la sangre son en efecto terribles materias de vigilia. Mira el mar como la primera vez, su sensorialidad retoma la superficie. Acaba de salir de un coma. “Esta cabeza finalmente abierta se vaciaba como en sueños de todo el negro espejismo que allí se pudría desde hacía demasiado tiempo. No quiero nombrar más hoy todo lo que lo que se va, en un destello, librado para abolir el silencio. Delante del albergue, el mar pesado y turbio golpeaba exactamente al ritmo de mi corazón” (*Le poisson* 156). La sangre que corre es una purificación, se lleva con ella la mala suerte. El prisionero ve de repente la puerta de la célula que permanece abierta por la negligencia del guardia, toma sus pertenencias con toda premura, deja dinero sobre la mesa para pagar el alojamiento y abandona el país.

Obras citadas

- Albert, Christiane., Laporte Nadine., Pouilloux Jean-Yves. *Autour de Nicolas Bouvier. Résonances*. Carouge-Genève, 2002.
- Bouvier, Nicolas. *Le vide et le plein. Carnets du Japon*. Hoëbeke, 2004.
- _____ *Chronique japonaise*. Payot, 2001.
- _____ *L’échappée belle. Eloge de quelques pèlerins*. Métropolis, 1996.
- _____ *Journal d’Aran et d’autres lieux. Feuilles de route*. Payot, 1993.
- _____ *L’usage du monde*. Payot, 1992a.
- _____ *Routes et déroutes (entretiens avec I. Lichtenstein-Fall)*. Métropolis, 1992b.
- _____ *Le poisson-scorpion*. Payot, 1991.
- Guyader, Hervé., compilador. *Nicolas Bouvier. Espace et écriture*. Zoé, 2010.
- Jaton, Anne-Marie. *Nicolas Bouvier, Paroles du monde, du secret et de l’ombre*. PPUR, 2003.
- Laut, François. *Nicolas Bouvier. L’œil qui écrit*. Payot, 2007.
- Le Breton, David. *Sensing the World. An Anthropology of the Senses*. Bloomsbury, 2017.
- _____ *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Nueva Visión, 2007.
- _____ *La peau et la trace. Sur les blessures de soi*. Métailié, 2013.
- _____ *Caminar*. Waldhuter, 2014.